

Eva García Sáenz de Urturi



El Ángel de la Ciudad

 Planeta

GAU BELTZA, LA NEGRA NOCHE

UNAI

Villaverde, 31 de octubre de 2022

La noche que ardió Venecia yo encendía velas y las insertaba en calabazas por los caminos de un hayedo ya a oscuras, frente a mi diminuto pueblo de Villaverde, ajeno al incendio que después poblaría mis pesadillas.

—Hijo, estoy intranquilo, llama tú a Alistair, anda —me insistió el abuelo mientras me tendía su móvil prehistórico una vez más.

—Alistair es un poco despistado, abuelo. Seguro que nos llama en cuanto su avión aterrice desde Venecia —lo calmé por enésima vez—. Además, en el monte hay poca cobertura.

Miré de reojo a Alba, que alzó a nuestra hija Deba y la cargó sobre sus hombros. Alba me tenía muy preocupado, llevaba meses despertando con pesadillas a eso de las cuatro de la mañana.

Cuando yo encendía la luz la encontraba aterrada y muda, con las manos frías y pocas ganas de dar una explicación.

Rechazaba mis abrazos igual que aquella noche estaba rechazando que le diera la mano por el camino de las Tres Cruces mientras seguíamos sus instrucciones tratando de

desempolvar del olvido de los tiempos la vieja costumbre de la *Gau Beltza*, «la noche negra», el Halloween vasco que mi abuelo contaba que cayó en el olvido allá por los años cincuenta del siglo pasado.

—Siempre lo hicimos a espaldas de los curas, creo que no era una costumbre muy cristiana —nos había comentado frente a la lumbre de la cocinica vieja—. Vaciábamos las calabazas y después hacíamos cabello de ángel con los hilos y mucho azúcar. Los más mañosos recortaban los ojos y las bocas desdentadas de las calabazas para que diesen miedo a los despistados que esa noche andaban por las calles. Cuando era mozo, antes de la guerra, poníamos en el campanario una calabaza con un cirio encendido dentro y después íbamos dejando calabazas y nabos vaciados con sus velas por los ribazos del sendero, desde el cementerio, por las Tres Cruces, hasta entrar en el hayedo. Era para que los muertos encontraran el camino de vuelta al camposanto, porque se decía que esa noche podían salir de las tumbas y vagaban por el bosque. Lo de las luces era para que no se perdieran. Y nos poníamos sábanas por encima para que nos confundieran con ellos si nos encontraban mientras colocábamos las calabazas. Tenían que ser sábanas viejas y llevar agujeros, no sé por qué. Uno entonces no preguntaba a sus mayores —recordó, con la mirada perdida en una llama.

Alba se había empeñado en rescatar las tradiciones antiguas de la zona desde que estaba al frente del hotel palacio que su madre le legó en Laguardia y había encontrado en antiguos libros de gastronomía que el 31 de octubre se celebraba la *Arimen Gaua* o noche de las almas.

También leyó que se cocinaban panes funerarios, *olatak*, que se colocaban sobre las lápidas porque persistía la creencia de que los difuntos necesitaban comer esa noche para tener fuerzas en su paseo por los bosques.

Los vecinos afirmaban que los panes pesaban menos al día siguiente.

Así que, haciendo caso a una tradición casi extinta, nos habíamos vestido con sábanas viejas y rotas.

A decir verdad, conformábamos un extraño séquito en la oscuridad del hayedo. Cuatro personas bajo las sábanas blancas encendiendo velas y abandonando calabazas y nabos en el ribazo del camino al cementerio. Una chocante Santa Compañía.

Éramos cuatro luces en la inmensa oscuridad del monte, con calabazas naranjas que proyectaban sobre el negro camino sus ojos rasgados y sus bocas desdentadas gracias a la luz de unas velas que temblaban con nuestros vaivenes.

Cuatro fantasmas con sus sábanas blancas camino del cementerio.

Un gigante, desde lo alto del monte, habría visto solo cuatro luciérnagas en la noche.

Aquella *Gau Beltza* estaba descubriendo que el abuelo no solo se preocupaba de que los vivos estuviéramos bien alimentados, su forma de expresar amor hacia sus nietos y biznieta, para un hombre educado en los tiempos en que los hombres no podían expresar amor, era atiborrarnos cada semana con botes de peras al horno, manzanas asadas, choricillos a la sidra y cualquier alimento que sellase las arterias.

El abuelo, a punto de soplar las cien velas, había pedido al panadero de Bernedo que le hornease unas *olatak*.

—Para que tu padre no pase hambre, que Gael siempre estaba flacucho. —Esa fue su sucinta explicación, mientras se rascaba un par de canas bajo su eterna boina de Elo-segui.

Cuando dejamos atrás la espesura de las hayas, el camino se convirtió en barro y tuvimos que aminorar la marcha para no resbalar.

El relente del viento, una vez fuera del bosque, nos golpeó en unos rostros ya acostumbrados a un otoño más que crudo.

Nuestro final de pista era el cementerio de Villaverde.

Allí teníamos que dejar, según la tradición, las *olatak* que nos había bendecido el cura. Llegamos ateridos y algo cansados, con Deba ya dormida en mis brazos.

Nos guiábamos por las velas de las calabazas, apenas había farolas en el camino que llevaba al cementerio.

Pero, de repente, escuchamos a nuestras espaldas el ruido de un motor. Nos giramos, sobresaltados, y tanto el abuelo como Alba saltaron a la hierba que rodeaba el camino.

Un coche fuera de control bajaba a toda velocidad por la cuesta y no parecía tener intención de frenar.

Yo me pegué al muro del cementerio protegiendo a Deba con mi cuerpo. El coche, por fin, frenó.

—¡Lo siento, lo siento! —gritó desde el interior del vehículo Estíbaliz, mi antigua compañera en la División Criminal de la Ertzaintza—. Me están llegando mil mensajes al móvil y he perdido por un segundo el control del coche. ¿Todos bien?

—Esti, ¡por Dios! —fui capaz de contestar, Deba se había despertado con el alboroto y me miraba con sus ojazos de cervatilla sin comprender nada.

—¿Han vuelto ya todos los muertos a sus tumbas? —preguntó, somnolienta.

—Era tu tía Estíbaliz, sigue durmiendo —le susurré.

Esti no solo era efectiva cerrando casos, también era una ama de la teoría. Si estudiaba algo en alguna formación, te repetía todo el párrafo con sus comas. Era útil si no tenías cobertura y no podías consultar la *Wikipedia*.

—¿Qué pasa, Estíbaliz? ¿Qué hay tan urgente para que casi te lles por delante a cuatro personas y el muro del cementerio? —quise saber.

—Pero ¿es que no tienes móvil? ¿No has visto el vídeo del incendio?

—Estábamos en el hayedo, no llega internet. ¿Tan grave es? —pregunté.

—Mejor lo ves. Abuelo, me temo que tu amigo Alistair no viene mañana a visitar la tumba de Gael —le dijo mientras salía del coche.

Estíbaliz Ruiz de Gauna era pelirroja, un peso pluma que me llegaba por el codo y cuya aparente fragilidad engañaba: en el cuerpo a cuerpo la había visto derribar a tipos aún más altos y con las espaldas más anchas que las mías.

El abuelo se colocó las gafas de cerca, puso su mejor cara de póquer para no preocuparnos y se acercó para ver el móvil de Estíbaliz.

En un vídeo de noticias internacionales, la imagen devastadora de un *palazzo* ardiendo en la noche veneciana nos hipnotizó.

Al igual que años atrás el mundo se estremeció cuando fue testigo del incendio de la anciana Notre Dame, todos nos quedamos sin aliento.

Había algo de belleza sobrenatural en aquel rojo sobre negro, en el poderío de un fuego que estaba arrasando con siglos de esplendor.

—El Palazzo de la isla de Santa Cristina arde desde hace unas horas ante la desolada mirada del mundo. Pese a que los bomberos se han personado en la pequeña isla en la laguna norte desde el primer momento, no han podido hacer nada ante la virulencia de un incendio que se cree intencionado. El *palazzo* iba a ser una de las salas de exposición de la Feria Internacional del Libro Antiguo que este año se celebra en Venecia y cuyo tema son los libros prohibidos. Se da la circunstancia de que varios librereros anticuarios procedentes de España estaban en ese momento reunidos en el

palazzo, ya que eran los encargados de custodiar la valiosa colección de libros prohibidos de la Biblioteca Nacional de Madrid, aunque al menos dos de ellos eran de nacionalidad británica, Alistair Morgan y Benedict Callaghan. Por las cámaras de seguridad también se sabe que estaban presentes el subastador de Sotheby's de Madrid, Solomon Terranova, y Gaspar Abad, dueño de las librerías Némesis, Hubris y Hamartia, así como la dueña de la librería de viejo La Maga, Alicia Lasarte, y otra mujer sin identificar.

INDEX LIBRORUM PROHIBITORUM

UNAI

Villaverde, 31 de octubre de 2022

Subimos a la vieja y sólida casa del abuelo, enclavada en mitad del pueblo desde hacía dos siglos —uno menos que él, me gustaba siempre bromear con su pasmosa longevidad—, y acostamos a Deba, que para sus cinco años pesaba como un ancla de barco.

Alba y Estíbaliz me miraron con el rostro preocupado. Creo que todos teníamos el mismo temor.

El abuelo reavivó para nosotros las brasas que había dejado en la chimenea de la cocinica vieja por la tarde, sopló con el muelle de madera desgastada y la estancia se iluminó de vetas cálidas.

Pero estaba muy callado, imaginé que asumiendo que Alistair Morgan, el que había sido el mejor amigo de mi padre desde sus locos tiempos de *hippy* de melena rizada y pantalones de campana, no iba a venir el 1 de noviembre a visitarlo al cementerio.

Alistair era el dueño de una librería muy peculiar en Madrid, en pleno Barrio de las Letras: la Librería del Alma, una librería-farmacia donde el bueno de Alistair recetaba novelas a sus clientes lectores para todas las dolencias que afligían el espíritu.

Los cuatro adultos nos arremolinamos de pie alrededor de la chimenea, buscando templar un poco las manos ateridas.

—Voy a llamar a Mencía, ella tiene hilo directo con mi madre —acerté a decirles, mientras miraba las llamas avivadas de la lumbre.

Mencía Madariaga era inspectora en la Brigada de Patrimonio Histórico. Treintañera y albina, un hacha en su especialidad: obras de arte robadas.

En el caso de *El Libro Negro de las Horas* me había ayudado a dar con ella. Respetaba la petición de mi madre, Ítaca Expósito, falsificadora de libros antiguos para más señas, de mantenerme alejado de su vida mientras se creaba su siguiente identidad en la sombra, pero necesitaba asegurarme de que ella no era una de las víctimas del incendio.

Marqué el número en la misma cocinica vieja, no tenía secretos para el abuelo, Alba o Esti.

—Mencía...

—Iba a enviarte un mensaje, Unai. Imagino que llamas por lo del incendio. Estoy tomando un avión para Venecia. Tu madre no me contesta, y eso no es nada habitual en ella. Tenemos un sistema para contactar en caso de urgencia y jamás ha dejado de responderme cuando yo lo he intentado.

—¿Qué haces cogiendo un vuelo a Venecia?

—Suelo colaborar con las autoridades de la ciudad. De tanto en tanto se dan delitos allí relacionados con el arte. Si algo le sobra a Venecia son museos, colecciones, exposiciones y pinturas. Y las víctimas, o posibles víctimas del incendio, son de nacionalidad española o viven aquí, en Madrid. Algunos, como Gaspar, son nuestros colaboradores habituales. Mira, hay muchos detalles que no encajan y se atisba una investigación muy compleja,

¿tú podrías venir en calidad de colaborador especialista en perfilación?

—Tendría que llamar a la Academia de Arkaute para avisar de que esta semana no voy a dar clases, pero tenía pendientes varios días de asuntos propios y contaba con ellos antes de fin de año. Sí, podría. Pero ¿crees que no es solo un incendio?

—¿Un incendio, Unai? La Biblioteca Nacional ha sacado lo mejor de su colección del *Index Librorum Prohibitorum* para la Feria Internacional del Libro Antiguo.

—Por partes, que soy un profano en bibliofilia. ¿Qué es ese *Index*?

—Un libro publicado en 1559 por la Inquisición española. Hay sucesivas ediciones, donde el listado de libros prohibidos iba aumentando. Todo lo que tuviera que ver con textos heréticos o grimorios, pero también con Lutero, Erasmo, lo que fuera en contra de la religión. Por no hablar de las biblias en lenguas vernáculas. Por entonces la Iglesia no las permitía, como la famosa *Biblia del Oso* de la Complutense. La Biblioteca Nacional tenía tres ejemplares de los dos mil trescientos que se editaron. Y en Venecia se esperaba uno de esos ejemplares. ¿Puedes imaginar todo lo que se ha perdido, si es que la colección de la Biblioteca Nacional está ardiendo entre esas llamas?

—Para que yo lo entienda, ¿los libros prohibidos estaban en ese *palazzo*?

—No tengo ni idea, por eso me han llamado. Alistair Morgan y Gaspar se encargaban. Además, Benedict, como dueño de *The Fisher King*, llevaba dos facsímiles de lujo de *El libro del ángel Raziel* y el *Picatrix*. Era la primera vez que se facsimilaban. ¿Tienes idea del precio que iban a alcanzar en Venecia?

—Muchos ceros, entiendo —me adelanté.

—España competía con su colección de libros prohibidos de la Biblioteca Nacional, pero había especulaciones de que la Real Biblioteca Nacional de Estocolmo iba a ceder por unos días el famoso *Codex Gigas*, un libro de setenta kilos, también considerado sacrílego por su contenido y por su dibujo del demonio en el folio 209. Por eso es conocida también como *La biblia del Diablo*. La biblioteca la custodia desde hace varios siglos, si es cierto que viajaba a Venecia para esta feria, era la primera vez que salía desde 2007, que la cedieron para una expo en Praga. Lo que quiero decirte es que la expectación este año era máxima.

—Lo que quieras, Mencía, pero lo que me interesa es saber si mi madre está en ese *palazzo* y si Alistair, Gaspar y los demás se han podido salvar de las llamas. Dame unas horas y te digo lo que he decidido. Si finalmente voy, soluciono lo del trabajo y busco un vuelo a Venecia, imagino que tendré que tomar uno desde Madrid.

Colgué e hice un gesto a Alba para que nos metiésemos en mi dormitorio.

—No tengo claro si ir, Alba —le dije mientras cerraba la puerta a mis espaldas.

—¿Lo dices por mí?

—Estabas mejorando, has dejado atrás las pesadillas y los *flashbacks*, ¿verdad?

—Sí —admitió—. Llevo casi mes y medio sin rumiaciones ni pensamientos intrusivos. La doctora Leiva me dijo que, si volvían los síntomas, agendaríamos otra sesión de EMDR, pero no ha hecho falta.

Suspiré, indeciso.

Alba había comenzado con el cuadro de estrés postraumático en verano, tras el caso de *El Libro Negro de las Horas*.

Se despertaba fría, con un grito ahogado, y rechazaba mi abrazo o cualquier contacto con mi piel, aterrada. Siempre la misma pesadilla, el momento en el que, años atrás,

cuando ella era subcomisaria en Vitoria, el asesino que se llevó por delante a varias parejas de vitorianos lo intentó con ella, después de secuestrarla.

Alba dejó el trabajo, dejó el cuerpo, dejó Vitoria. Cambió de paisaje y de tercio vital. Volvió a Laguardia, a regentar el hotel palacio que su madre levantó con bastante esfuerzo.

Yo me alejé también del servicio activo y me reinventé en mi vida profesional, pese a que era joven y con mis cuarenta y pico estaba en lo mejor de mi carrera. Entrenado en cuerpo y mente para dar lo mejor como perfilador.

En mi caso, todavía necesité que unas cuantas muertes y casi-muertes golpearan a todos los que quería para convencerme de que llevaba el beso de la muerte en la frente y se lo contagiaba a mi círculo más cercano.

Opté por la docencia, para que todo ese bagaje práctico en perfilación criminal ganado con la sangre de los míos no se perdiera en la nada.

Solo había aceptado involucrarme de nuevo cuando un tal Calibán secuestró a mi madre, a quien yo creía muerta, y me exigió como intercambio un antiguo libro mítico a cambio de su vida.

Calibán había tomado su nombre del personaje de *La tempestad* de Shakespeare, simbolizaba el arquetipo del hombre salvaje. Aprendí todo eso y más a lo largo de un caso en el que la bibliofilia lo vertebró todo.

Y entonces comenzó el calvario para Alba.

Al principio, estoica y fuerte como ella era, me lo ocultó.

Después llegó la confesión, solo cuando por fin encontré a mi madre y cuando Estíbaliz, Mencía y un servidor resolvimos el caso y mandamos a Calibán a prisión con la inestimable ayuda de los librereros del gremio de anticuarios que ahora estaban en Venecia.

Solo entonces Alba me lo contó. Su terapia fue muy específica. EMDR. Desensibilización y reprocesamiento del trauma mediante movimientos oculares. Acudió con cierto reparo a la doctora Marina Leiva, una psiquiatra amiga mía que también impartía clases en la Academia de Arkaute de la Ertzaintza.

El primer día, después de la sesión en la que tomaron cada uno de los recuerdos del trauma con los que soñaba y los trabajaron moviendo los ojos de un lado hacia el otro, como si matara marcianitos con la mirada, volvió cansada y silenciosa. Tan cansada que se quedó dormida a media tarde durante varias horas, exhausta.

Aquella noche fue la primera en varios meses que no tuvo una pesadilla a las cuatro de la mañana.

Yo jamás se lo dije, pero me mantuve insomne, a su lado, con los ojos abiertos toda la noche mirando a oscuras hacia donde debía de estar el techo de nuestro dormitorio.

Se despertó aliviada, con mucha cautela en el rostro.

También cesaron los *flashbacks*, los pensamientos recurrentes, la hipervigilancia. Ya no daba un salto cuando la sorprendía en la cocina de espaldas y no me había oído al llegar.

Demasiado bonito, sí, lo sé.

Pero quiénes éramos nosotros para pedir explicaciones a la vida cuando se portaba bien.

Siguió fulminando recuerdos traumáticos con la mirada durante un par de meses en la consulta de la doctora. Acabó con todos. Marina le dio el alta.

Dejé de sentirme culpable, de pensar que su estrés postraumático se había desencadenado por un caso al que había vuelto y que, siendo sinceros, me habría costado mucho rechazar. Era mi madre muerta, o mi madre supuestamente muerta, y resultó que sí lo era y que estaba viva.

—Unai, es un incendio, posiblemente provocado —me recordó Alba—, con Patrimonio y Homicidios involucrados, con seis posibles víctimas españolas, en suelo italiano. Va a haber muchos hilos de los que tirar. Y te conozco, puedes quedarte aquí por mí, pero es imposible que no estés pendiente de las novedades del caso y de lo que te vaya contando la inspectora Madariaga. Si una de las víctimas es tu madre, sé realista, ella te va a mantener informado y tú no vas a soportar abstraerte. Lo que quiero decirte es que esto no va de que te quedes al margen por evitarme una recaída. No estás al margen. Es tu madre.

«No mereces esto», callé.

Alba había elegido dejar atrás su vida en la Ertzaintza. No quería estar en contacto diario con asesinatos ni historias sórdidas. Todos tenemos un cupo, un número. Nadie sabe cuál es, en qué caso te empiezas a quemar y empieza a pesarte demasiado ver lo peor de la gente. Pocos aguantaban en Homicidios hasta la jubilación.

Yo habría soportado unos años más, unos cuantos seriales más, si eso suponía salvar a las siguientes víctimas de una serie. Me compensaba. Pero lo dejé porque vi demasiado dolor en los míos.

Algunos de los casos se los habían llevado por delante. Amigos de la cuadrilla, de esos con los que juegas en el patio desde crío. Muertos. El abuelo, apaleado. Deba, secuestrada. Esti, arrojada por una escalera... y suma y sigue.

—Si me ha pedido ayuda es porque conoce el terreno y cree que le voy a ser útil —dije en voz alta, creo que para convencerme de lo que iba a hacer—. Y no olvido que ella le tiene aprecio a mi madre. Su interés por el caso, más allá de esos libros heréticos, es tan personal como el mío. Y eso es bueno. Para mi madre es bueno.

Alba asintió.

—Es mejor que vayas, estoy de acuerdo. Pero no me pongas al corriente de todos los detalles salvo que sea imprescindible. Prefiero no sumergirme de nuevo en el día a día de una investigación, no quiero volver a esa vida.

«¿Y si esa es la única vida que soy capaz de darte?», callé, demasiado culpable como para pronunciarlo en voz alta.